

Cacerías, de Oliverio Arreola

A principios del siglo VII, poco antes de su muerte, Isidoro de Sevilla escribió los veinte libros de los que consta su obra fundamental, *Etimologías*, en ella —Libro XII, Acerca de los animales—, asegura este santo que “los hombres, antes que a los peces, dieron nombre a los ganados, a las bestias y a las aves, porque los vieron y conocieron antes”. Y advierte que fue así como más tarde éstos “fueron imponiendo nombres a las diferentes clases de peces que iban conociendo, nombres que tomaban de su similitud con los animales terrestres”.

San Isidoro, el santo más sabio que ha conocido la cristiandad, tenía razón, porque de esa necesidad de nombrar a partir del símil entre criaturas, nos resultan hoy naturales, lógicos, los nombres con los que reconocemos a una gran variedad de especies marinas que tienen nominalmente su par en animales terrestres. Así, decía que es natural hablar de leones marinos, vacas marinas, elefantes marinos, lobos marinos, ¡vaya!, hasta caballitos de mar. Esto es verdad a tal punto que, al menos en francés, existe incluso el gran perro del mar, como se le conocía a una amplia variedad de tiburones en la antigüedad.

Uno de los ya olvidados naturalistas del siglo XVI, Ambroise Paré, condenado por la academia de medicina de su tiempo, autor de un libro mal comprendido aún hoy, *Monstruos y prodigios*; criticado además, porque en pleno fervor renacentista se atrevió a postular la existencia de monstruos provenientes de la imaginería medieval y pagana. Aseguraba que el pez lamia (o tiburón) era una de estas excéntricas que contrariaban a la naturaleza y cuya existencia casi siempre presagiaba desgracias.

Las lamias, recuerda Paré, son peces de extraordinaria magnitud y poderío, cuyos cuerpos apenas pueden ser arrastrados por dos caballos en una carreta. Este cirujano del rey de Navarra recordaba, además, que en tiempos antiguos se habían capturado en Niza y Marsella algunos de estos voraces peces en cuyos vientres se encontraron “hombres enteros completamente armados” y por cuyas enormes fauces podían entrar y salir otros animales de gran tamaño, para comer lo que encontraban dentro de sus estómagos.

II

Cacerías, de Oliverio Arreola, Premio Nacional de Poesía Amado Nervo 2011, retoma con maestría el prestigio, la imaginería y el tremor que acompaña la sola mención del nombre de ese pez.

El Blanco, el enorme *Cacharodon carcharias*, cuyas dimensiones nos hacen pensar en la ballena de Jonás, es la presencia singular que guía los poemas y la emotividad de este nuevo poemario de Oliverio Arreola.

Integrado por cinco estancias: “Historia natural del pez”, “Cacerías”, “Inmersión del pez”, “Acuario” y “Blanco a mar”, el libro de Oliverio transmuta sustancialmente el yo lírico del poeta en el pez, y el pez, de naturaleza convulsa y anhelante, en el poeta visitado por el demonio de la desolación, herido por el amor.

A través de una suerte de discurso parecido, en el que el autor alterna la prosa poética con el versículo de largo aliento, *Cacerías* es la crónica del deseo y su desasimiento. En la primera parte, “Historia natural del pez”, Oliverio plantea un juego de espejos en el que el Blanco, el poderoso tiburón, contrapuntea

con el desvalimiento del amante, necesitado de la presencia y del cuerpo de la amada. El gran pez, el “asesino dientesblancos”, estrella sus fauces contra la escollera y dentellea el aire, la arena, con furia. El amante, por su parte, desguarecido del amor, pregunta en su ausencia, con los ojos absortos en el alba:

Sé que no estás. Se me hacen rojas en los ojos las tardes del verano. Se tornan amarillas..., se me secan en las manos las hojas de los árboles. Y así, sin más, se asoman el aire, el frío, la nieve mientras paso, y se quema el verde prado mientras tú, mientras yo, mientras el Lago...
¿Dónde estás?

Pero esta dualidad pez-amante se resolverá apenas unos instantes después, unos poemas después, luego de que el poeta nos evidencie la intención de hacer del gran pez una suerte del álter ego de su ansia, ira y desaliento. En el poema “Isla a la deriva”, el yo lírico, llamado también Oliverio, se mira reconocido, idéntico, en el Blanco, que se hace llamar también “Oil, Oliv, Oliverio u Ocholetras”. A partir de aquí, el yo subjetivo y el otro se funden en uno solo, en una misma ansia, en un mismo lamento. Y el Blanco se transmuta en el yo subjetivo del poeta, en su desolación, en su amargura. Y el poeta, convertido ya en otro, se tiende como un salmón sobre el lecho del agua, a contra corriente, a mirar la luna.

“Cacerías”, la segunda parte del poemario que da título al libro, está compuesto por diez poemas, divididos en días y noches. En éstos la ya anunciada simbiosis entre el poeta y el pez llega a su culmen. Por eso, el primero, convertido a un tiempo en el Jonás bíblico y en su ballena bíblica, se mira llevando al pez que lo lleva dentro: uno en el otro, como las cajas chinas o las matrioskas.

De modo similar, el poeta yace en el pez, y

él es sus ojos, su casa, su navío, desde donde se entrapa en las redes del mundo. Por eso afirma: “Sé que voy dentro del pez y yo también soy otro pez muy dentro de éste”. Un pez que avanza sonámbulo hacia las redes.

Esta intención consustanciadora se refuerza cuando el poeta se ve en el pez, viajero de sí mismo en otro: “Yo llevo un iracundo Blanco anestesiado y él me lleva a mí en el profundo mar de sus entrañas”.

Y en ese viaje mutuo, realizado de día y de noche, en el que el viajero y el vehículo son uno mismo, con rumbo siempre hacia las anchas redes, el poeta concluye sabiamente que el “amor es un señuelo para el duelo”.

Por eso, de día se anega entre cardúmenes y corales, y ya de noche se abisma en los laberintos de la duda, en el tormento de saberse para el amor pasto para su voraz incendio.

La tercera parte, “Inmersión del pez”, está integrada por cinco poemas en los que Oliverio Arreola retoma el juego propuesto a sus lectores desde el inicio. Así, nuevamente, el gran pez, el insaciable Blanco, aparece aquí visto desde los ojos del naturalista, quien se permite develar los sueños más secretos del gran cazador de los mares. Por eso sabe que:

El pez,
 en ese estado,
 tiembla.

En estos poemas, el pez aparece en una suerte de letargo, presa de la espera sin límite. Anestesiado. Y en su soledad, la luna es regocijo y compañía. Almohada de su desolación. Ahí, entre el viaje de las olas y el silencio de las corrientes marinas, el Blanco sueña y espera. Y su paciencia, hecha de líquenes y deseo, es un acróbata que ensaya suspiros a la luz de la luna.



Oliverio Arreola, *Cacerías*, Guadalajara, Consejo Estatal para la Cultura y las Artes de Nayarit/Conaculta, 2011.

III

Había aventurado al inicio que *Cacerías* es un poemario de amor; pero también de desasimiento, desprendimiento y resurrección, merced a su naturaleza acuática. Por eso, “Acuario”, la penúltima estancia del libro, indaga en los misterios del jazmín, flor de cinco pétalos, flor estrella, flor blanca. La simbólica del jazmín es fundamentalmente, sabemos, la del amor. De ahí que Oliverio la incluya en su poemario. Es el vestigio del jardín abolido y el testimonio de la existencia de lo que en otro tiempo ardió con gran intensidad. Pero el jazmín es también flor de resurrección. Por eso el Blanco, el asesino de los siete mares, es tan blanco como el jazmín que adorna la boda de los enamorados y las exequias de los difuntos que duermen para despertar como la luna otra vez, o los amantes que mueren al amor una y otra vez, sin esperanza.

El poeta lo sabe. Por eso la luna, “la que renace y muere”, es uno de los motivos que iluminan intensamente el poemario de Arreola y,

en particular, esta última parte del libro. Astro del cambio y la resurrección, la luna marca y acompaña los ritmos de la vida. Nos enseña que “también la noche es claridad” y que aun la oscuridad no es sino la cavidad genésica de la luz. Por eso la luna parece morir durante tres días, al cabo de los cuales, sabemos, renace puntualmente en un permanente proceso de crecimiento y decrecimiento, que nos enseña que, al igual que ella, los hombres se inflaman y se agostan en sus pasiones.

Cacerías representa, en suma, no sólo el ciclo de muerte y resurrección de la vida, sino también de la pasión amorosa. Celebramos, pues, en la aparición de este libro, el sano estar de la poesía en nuestro días.LC

FÉLIX SUÁREZ. Poeta, ensayista y editor. Licenciado en Letras Españolas, UAEM, maestro en Humanidades, Universidad Anáhuac Norte. Obtuvo la Presea “Sor Juana Inés de la Cruz” (1984), el Premio Nacional de Poesía Joven “Elías Nandino” (1988) y el Premio Internacional de Poesía “Jaime Sabines” (1997). Además de *Legiones*, tiene cuatro títulos de poesía publicados: *La mordedura del caimán* (1984, 1990), *Peleas* (1989, 2001, 2002), *Río subterráneo* (1992, 1998) y *En señal del cuerpo* (1998). Ha colaborado en distintas revistas y periódicos del país y del extranjero. Fue director y fundador de la revista *Castálida* y responsable del Programa Editorial de la UAEM.

 **Universidad Autónoma del Estado de México**
UAEM Secretaría de Difusión Cultural

Departamento de Diseño Gráfico

ATENCIÓN

Directores de facultades, preparatorias, centros universitarios y unidades académicas profesionales:
Los invitamos a conocer nuestros servicios y políticas de diseño de impresos
es gratuito

Informes: (722) 2773835 Exts. 2115, 2114
correo electrónico: zignosuaem@yahoo.com.mx

- Dirección de Divulgación Cultural